

El último secreto

Lynn Sholes y Joe Moore

Traducción de Isabel Blanco González



Los autores desean expresar su agradecimiento a las personas siguientes por añadir realismo a esta obra de ficción:

Capitana Jennifer Faubert
Asuntos públicos
Comando de Defensa Aeroespacial de Norteamérica

Doctor Wayne D. Pennigton
Profesor de Ingeniería Geofísica
Universidad Tecnológica de Michigan

Serafin M. Coronel-Molina
Departamento de Legua y Cultura Española y Portuguesa
Universidad de Princeton

Deanna Wesolowski
Departamento de Letras Clásicas
Universidad de Marquette

Y un agradecimiento especial a
Harriet Cooper y Lee Jackson

Satán; así debéis llamarle, su nombre primigenio
no se oirá nunca más en el Cielo

—John Milton

El paraíso perdido, Libro V, línea 658

Prólogo

Desde el albor de los tiempos ha habido misterios, fenómenos inexplicables y acontecimientos extraños que han perseguido a la humanidad. Unos pueden atribuirse a causas naturales; otros se explican científicamente. Pero algunos mitos, aquellos que han pasado de generación en generación, persisten incluso en el presente. Y unos pocos jamás han podido ser explicados.

Uno de ellos proviene del Génesis, del Antiguo Testamento, y trata de una raza de gigantes llamados nefilim: los caídos. Expulsados por Dios por ponerse del lado de Lucifer en la gran batalla de los cielos, los nefilim fueron castigados a vagar por la tierra en eterna condenación, incapaces de morir o de volver a entrar de nuevo en el Cielo. Con el correr de los siglos, los caídos adoptaron el aspecto de los hombres y se adaptaron a sus costumbres, hasta que su presencia fue... cualquier cosa menos olvidada.

Guiados por Satán, los nefilim se prepararon meticulosamente para el día en que pudieran atacar una vez más a Dios y robarle su más precioso tesoro, su más estimada creación: el hombre.

Se acerca el final del conflicto. El oscuro ejército de los nefilim está listo. Solo queda un obstáculo en su camino: el único humano que comparte su legado y su sangre. Cotten Stone ha conseguido detenerlos ya en una ocasión. Pero los caídos no volverán a cometer el mismo error.

El derribo

00.20.15

Airbus A340 de la compañía Virgin Atlantic. El pasajero del asiento 2K de primera clase alza la vista hacia la puerta de la cabina del piloto por encima de sus gruesas gafas. Solo diez segundos antes había levantado ya los ojos del *Newsweek* al oír un golpe seco procedente de la cabina.

Por fin, como el resto de pasajeros, se queda atónito escuchando el mensaje del piloto que resuena a través de los altavoces:

—Aquí el capitán Krull. Tenemos ciertas dificultades técnicas. Por favor, permanezcan sentados.

El capitán había hecho otros anuncios durante el trayecto de Londres a Nueva York, pero en esa ocasión su voz sonó tensa, nerviosa.

Una azafata se movía cautelosamente de un lado a otro por el diminuto espacio que separaba la primera clase de la cabina del piloto. Se quedó frente a la puerta reforzada de la cabina, de pie y en silencio, en su mano la toalla que había utilizado para limpiarse una mancha del delantal. El pasajero del asiento 2K siguió la dirección de su mirada hacia el cartel clavado en la puerta, que decía: «Prohibida la entrada durante el vuelo».

Mientras la observaba, la azafata descolgó el auricular de un teléfono de pared y presionó un botón que él supuso la ponía en conexión con la cabina. Habló por el auricular y esperó la respuesta. El pasajero observó que cambiaba su expresión mientras escuchaba. Luego, lentamente, ella colgó el auricular y se tapó la boca

con una mano. Su rostro estaba pálido cuando se giró hacia el compartimento de primera.

El pasajero se colocó las gafas firmemente sobre el puente de la nariz y se dispuso a levantarse de su asiento.

—Por favor, permanezca en su asiento, caballero —le dijo ella.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó entonces una mujer a gritos.

—¿Qué demonios ha sido ese ruido? —preguntó otro pasajero.

A pesar de la recomendación, el ocupante del asiento 2K se puso en pie y preguntó:

—¿Le ocurre algo al avión?

—No, el avión está en perfectas condiciones —respondió la azafata, que aún parecía estar tratando de asimilar el mensaje que acaban de darle por teléfono.

—¿Nos han secuestrado? —volvió a preguntar el pasajero.

La azafata se mordió el labio inferior antes de responder:

—El capitán Krull asegura que ha matado al copiloto y que está a punto de suicidarse. No hay manera de entrar en la cabina y detenerlo —explicó la azafata, dando un paso adelante y entrando en primera clase.

00.12.06

—Capitán Krull, aquí Thomas Wyatt.

Alto y esbelto, con sus vaqueros gastados y su camisa de algodón, Wyatt estaba de pie en el porche frontal de su casa de campo con vistas al lago Alligator, en la boscosa región de Florida del norte.

—¿Me oye? —preguntó por el teléfono vía satélite.

No hubo respuesta.

—Capitán, estoy aquí para ayudarlo.

Silencio.

Wyatt sabía que al menos cien personas estaban escuchando aquella llamada, dirigida directamente hacia el sistema de comunicaciones del avión. Imaginaba a grupos de militares y civiles del Departamento de Seguridad Interna, del Pentágono, del Departamento de Defensa, de la Unidad de Defensa Aeroespacial de Norteamérica, de la Administración Federal de Aviación y de innumerables organismos más, todos ellos inclinados sobre los

micrófonos de sus aparatos electrónicos. Era perfectamente consciente de que disponía de escasos minutos antes de que el asunto se convirtiera en una tragedia. El vuelo 45 de Virgin Atlantic emitía el espeluznante código 7500 de secuestro; no le permitirían aterrizar ni acercarse siquiera a Nueva York con un piloto suicida al mando.

Wyatt apretó el auricular contra su oído y añadió:

—Capitán, sea lo que sea lo que lo ha llevado a esta situación, aún puede echarse atrás. Esto no le concierne solo a usted, capitán, sino también a doscientas ocho personas inocentes que viajan a bordo de su avión. Ellos no merecen morir. Sea cual sea el problema, ellos no son responsables. Pongamos el asunto en manos de expertos que puedan ayudarlo a resolverlo.

Wyatt miró el reloj. Sabía que dos F-18 Hornets estaban de camino, dispuestos a interceptar al airbus. Tenían órdenes explícitas en relación a un código 7500: forzar al avión a desviarse a una localización segura donde aterrizar o, en caso necesario, disparar y derribarlo. El enorme y pesado airbus no suponía ninguna amenaza para un piloto de caza.

00.11.04

—Capitán, usted es un veterano con diecisiete años de experiencia —dijo Wyatt, mientras echaba un vistazo al fax de tres páginas que tenía en la mano—. Es un récord que muchos pilotos aspiran a alcanzar. Tiene familia; dos niñas gemelas de diez años. ¿De verdad está dispuesto a dejarlas sin padre? Llevarse por delante las vidas de esos pasajeros inocentes afectará a cientos de otras personas, tal vez a miles: destrozará a sus parientes y amigos. Y si estrella el avión en tierra, ¿qué ocurrirá con las personas que están abajo? ¿Por qué no me dice lo que quiere? Yo haré todo lo que esté en mi poder para ayudarlo a conseguirlo. Aún no es demasiado tarde.

Wyatt sabía que, por lo general, había tres razones por las que alguien tomaba rehenes: para martirizarlos, asesinarlos o suicidarse. La información de la que disponía apuntaba claramente a la tercera opción. Y la tercera opción era precisamente su especialidad.

00.10.19

—Capitán, se nos acaba el tiempo.

Wyatt se presionó la frente mientras contemplaba la superficie cristalina del lago, en la que se reflejaban los altos pinos y los matorrales de palma que lo rodeaban. La casa de campo estaba aislada: no había nada en veinte kilómetros a la redonda. Apenas conseguía retirarse allí unas pocas veces al año para relajarse y pescar. Pero, evidentemente, aquel día no iba a pescar.

—Capitán Krull, el mundo es un lugar difícil. Lo sé. Quizá los demás no alcancen a comprender lo que el estrés puede provocar en un hombre, pero yo sí.

Thomas Wyatt revisó los faxes una vez más. No había absolutamente nada en el perfil de Krull que indicara que el piloto podía estar al borde del suicidio; ni dificultades matrimoniales, ni financieras, ni abuso del alcohol ni de las drogas. Y por eso la tarea de Wyatt resultaba más problemática aún. No tenía a qué aferrarse, ninguna razón para convencerlo de que era su amigo: quizá fuera esa la única razón de la que disponía en ese instante. Wyatt necesitaba ganarse la confianza de Krull, pero sin un tema concreto al que dirigir su atención y sobre el que iniciar la conversación, Krull jamás lo vería como a un aliado. Esas eran las malas noticias. Tenía pocas posibilidades de hacerlo cambiar de opinión.

—Capitán Krull —añadió Wyatt, sabiendo que esa era su última oportunidad de detener al piloto, fuera cual fuera su propósito—, dos cazas a reacción F-18 se aproximan a su aparato por la retaguardia. Uno de ellos está a punto de alcanzarlo para ordenarle que disminuya la velocidad, baje a diez mil pies de altura y sígalo hasta un lugar de aterrizaje alternativo. ¿Me comprende?

El silencio resonó tan vacío como las esperanzas de Wyatt, que volvió a mirar el reloj.

—¿Capitán?

00.09.25

—¡Oh, Dios! —gritó una mujer sentada unas cuantas filas por detrás del pasajero del asiento 2K, señalando por la ventana—. ¡Van a derribarnos!

El nivel de ansiedad en el airbus había ido en aumento durante los últimos minutos, desde los susurros de preocupación al pánico. En ese instante, mientras los viajeros miraban incrédulos hacia fuera, el pasajero del asiento 2K vio la silueta del moderno y amenazador caza a reacción militar. Las aletas gemelas de la cola le recordaban las hojas de un cuchillo. Y el largo morro en forma de aguja parecía un insecto a punto de clavar el aguijón. Sentado en la cabina, ligeramente echado hacia atrás, el piloto del caza voló a su nivel, tratando de llamar la atención del capitán Krull.

Mientras miraba por la ventana, intentando conseguir una vista mejor del caza a reacción, el pasajero vislumbró algo que le aceleró el pulso y le detuvo la respiración. El caza tenía instalado un pequeño misil azul al final del ala. ¿Sería eso lo que usarían para convertir el vuelo 45 en una bola de fuego y arrojarlo a las frías aguas de abajo?

—¡Maldita mierda! —exclamó un adolescente.

—¡Que todo el mundo permanezca en calma! —gritó a su vez la azafata, tratando de hacer oír su voz por encima de los chillidos de los pasajeros—. Es el procedimiento habitual. Ese avión está ahí simplemente para escoltarnos sanos y salvos a la pista de aterrizaje más cercana.

—¿Por qué? —siguió gritando el adolescente—. ¿Para qué necesitamos escolta?, ¿por qué no podemos aterrizar en el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy?

—¡Hay otro! —gritó alguien desde un asiento opuesto.

El segundo F-18 estaba tan cerca, que era posible incluso ver el rostro del piloto. El pasajero del asiento 2K sintió que le fallaban las rodillas, así que se dejó caer sobre el asiento. Se quitó las gafas y cerró los ojos. ¿El procedimiento habitual?, se preguntó. ¿Escoltarlos? Si el copiloto estaba muerto y el piloto amenazaba con suicidarse, ¿quién pilotaría el avión?

00.04.02

—Capitán Krull, sé que a estas alturas puede ver usted los F-18 a los lados de su nave.

Wyatt siguió caminando a paso lento; tenía la frente llena de sudor. Un viejo trozo de madera erosionada crujió bajo sus botas. Oyó los

gritos de dos arrendajos azules, luchando por los cacahuetes que Wyatt les había arrojado al césped justo antes de recibir aquella llamada telefónica. Si todos los problemas fueran tan triviales como ese...

00.03.23

—Capitán, esos pilotos están escuchando cada palabra que digo. Y lo mismo la Unidad de Defensa Aeroespacial de Norteamérica. Y le aseguro que no vacilarán si ven que usted y yo no llegamos a un acuerdo. Su sagrado deber, y el de todos los pilotos, es proteger a los ciudadanos de los Estados Unidos. Capitán, esos cazas tienen órdenes que no dejan lugar para la ambigüedad, son órdenes inflexibles. Bastaría una sola palabra mía para que abandonaran. Sé que es un buen hombre, un buen padre, un buen marido. Tiene en sus manos las vidas de muchas personas. Por favor, dígame lo que quiere. Moveré montañas para conseguirlo. Y puedo hacerlo. Lo he hecho otras veces. Por favor, déjeme oír su voz.

00.01.02

Otro golpe, amortiguado, provocó que todos los pasajeros de primera clase se quedaran paralizados. Era como si alguien le hubiera dado al botón de pausa en un reproductor de DVD. El pasajero del asiento 2K sintió un amargo sabor de boca. Se levantó y se dirigió a la cabina del piloto. Entonces se le cayeron las gafas al suelo. La azafata iba dos pasos por delante de él, y otro pasajero se acercaba también a la cabina.

—¡Déjanos entrar! —gritó la azafata, golpeando la puerta—. ¡Abre la puerta!

El pasajero del asiento 2K apartó a la azafata a un lado y dio una patada a la puerta con todas sus fuerzas. Aquello le hizo sentirse como si le hubiera pegado a una piedra. La pierna le ardía de dolor. Otro pasajero se acercó por detrás con un extintor de incendios en la mano. Utilizando la parte inferior como arma, golpeó repetidamente la puerta. Solo consiguió dejar un rastro de pintura roja en su superficie.

De pronto, el morro del avión se inclinó hacia abajo, y todo el mundo se tambaleó. Justo en ese instante una mujer sentada unas cuantas filas más atrás gritó:

—¡Vamos a estrellarnos!

El airbus zozobró una vez más.

Maletas, mantas, almohadas, bebidas y pasajeros cayeron al suelo, deslizándose en tropel hacia el mamparo delantero.

El pasajero del asiento 2K cayó de rodillas al suelo. El hombre del extintor se derrumbó sobre él, cortándole la respiración. El pasajero abrió la boca en un intento de pedirle que se quitara de encima, pero entonces escuchó un ruido atronador. Giró la cabeza y miró hacia el pasillo. Sin las gafas todo lo que veía estaba borroso, pero reconoció al instante lo que se le venía encima: una lengua de fuego como una fiera y abrasadora ola. Soltó un grito con su último aliento; el diminuto misil azul dirigido había dado en el blanco.

00.00.00

Los fósiles de Gilley

Somos lo que pensamos. Todo lo que somos se manifiesta en nuestros pensamientos. Y con nuestros pensamientos hacemos nuestro mundo.

—Buda

Valle Dinosaur, Texas

—El mundo está a punto de cambiar, Ted —dijo Cotten Stone por el móvil. Lo sostenía con una mano mientras con la otra conducía el coche alquilado por la autopista 67 hacia Glen Rose, Texas—. Esto despertará a mucha gente.

—Estoy impresionado —contestó Ted Casselman.

La comunicación parecía a punto de cortarse.

Cotten miró el indicador de cobertura de su móvil. Parpadeaba entre la señal de una sola barra y ninguna. Esperaba no perder aquella comunicación. Ted había sido su jefe cuando comenzó a trabajar para Satellite News Network. Y a pesar de haber aceptado un empleo como corresponsal jefe de investigación en la NBC después de abandonar la SNN, Ted había seguido siendo su amigo y su mentor.

—He visto el bombardeo periodístico, Cotten, pero por supuesto todo está envuelto en un gran misterio. Han hecho un estupendo trabajo con el anuncio de tu exclusiva. Y eso es lo que pensé que sería: un simple anuncio. No tenía ni idea. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esto?

—Un par de semanas. Esperé a que se enfriara lo del derribo del Virgin Atlantic. Sigo sin poder creer que un piloto de una línea comercial hiciera algo tan terrible. ¿Es que no les hacen pruebas para comprobar su estabilidad psicológica?

—Es interesante, pero precisamente el piloto acababa de superar la evaluación anual sin problemas. Aún seguimos publicando noticias de interés humano sobre el asunto. Tener que derribar un avión lleno de pasajeros inocentes fue realmente un aviso para mucha gente. Incluso después del 11-S, no creo que nadie pensara que las cosas llegarían tan lejos.

—Creo que el avión estaba transmitiendo un mensaje de secuestro.

—Sí —confirmó Ted—. Suponen que fue el copiloto el que dio la alarma para alertar a los controladores aéreos.

Cotten Stone se imaginó a aquel hombre negro, alto y de cuarenta y cuatro años mientras escuchaba a Ted Casselman. Su cabello comenzaba a cubrirse de canas, y ella sabía que era culpable de muchas de ellas. Pero prefirió olvidarse de la tragedia del incidente aéreo y volver al tema de su historia, así que dijo:

—Me siento realmente bien por esta exclusiva, Ted. Va a ser alucinante.

—Más que alucinante. Vas a desmoronar toda una montaña de datos científicos —rió Ted por teléfono, para después suspirar y añadir—: Espero que salga adelante. Tienes mucho que hacer.

Cotten sintió el entusiasmo palpitando por sus venas al primer vistazo del río Paluxy, en esos momentos tan profundo que no se podía cruzar a remo. Después de una fuerte lluvia, según le habían dicho, se transformaba en una corriente de enfurecidas aguas blancas: los únicos rápidos del norte de Texas. E igual que la lluvia transformaba el río, su historia, estaba convencida, produciría también una drástica transformación en el mundo.

—¿Cuánto dices que pagó la cadena? —preguntó Casselman.

—Ocho de los grandes —contestó ella, escuchando acto seguido el silbido de Ted—. No me hagas pasarlo mal. Estoy absolutamente segura de que es auténtico. Si la cadena no lo hubiera comprado, ese hombre lo habría vendido en el mercado negro por mucho más. Y entonces otra persona habría conseguido la historia... y la gloria. Lo he comprobado, Ted. El experto dice que es auténtico.

—Comprobar algo y confirmar su autenticidad son dos cosas diferentes, niña. Nadie debería saberlo mejor que tú. —Ted hizo una pausa—. Bueno, es que no quiero que te conviertas en otro Geraldo, abriendo la caja fuerte de Capone... o peor aún, en otro desastre estilo Dan Rather. Ya sabes a qué me refiero.

—Pedí un examen del fósil a un paleontólogo. Y él lo aprobó.

—Pero escucha cómo suena, Cotten, aunque solo sea para que estés preparada para lo que sea. El bueno de Gilley... porque así se llama el que te lo vende, ¿no? Dios, ¿es que todo el mundo en Texas se llama Gilley?

—No, también hay unos cuantos George W. y unos cuantos Lyndons. Pero, sinceramente, así fue cómo se presentó: Gilley.

—Mejor que Garganta Profunda, supongo. Bueno, Gilley, el tejano, hijo de un coleccionista de trastos con una pila de huesos de dinosaurio, encuentra ese increíble fósil en el sótano de su padre, en una caja con un montón de fragmentos de huesos más. Te llama, todo esto bajo cuerda, y te ofrece la gran historia por un precio razonable; en caso contrario tiene intención de venderlo en el mercado negro por un buen fajo. Pero, debido a la gran bondad de su corazón...

—No, no fue debido a la gran bondad de su corazón. Se figuró que con la notoriedad que conseguiría si nosotros cubriáramos la historia, su colección de fósiles le haría ganar toneladas de dinero. Puede escribir un libro, hacer entrevistas y obtener sus quince minutos de gloria. Su otra elección era venderlo clandestinamente, y sabía que ganaría lo mismo, pero sin cámaras. Dijo que cualquiera de las dos alternativas le convenía, pero prefería las cámaras.

—¿Y el paleontólogo?, ¿de dónde ha salido?

—Vamos, Ted, dame un respiro. ¿Por qué no puedes simplemente alegrarte por mí?

—Porque eres como mi hija, me preocupo por ti. No quiero que te conviertas en una chapucera en medio de tanta fama.

Cotten se relajó sobre el respaldo del asiento y miró el marcador de velocidad. Iba a más de ciento cuarenta kilómetros por hora en una zona cuyo límite eran cien, así que soltó un poco el acelerador. Ted se preocupaba realmente por ella.

—Se llama Waterman. Waterman, con las abreviaturas «PhD» de doctor en paleontología al final. Lo conocí en una fiesta que celebró el museo de Historia Natural para la prensa hace unos meses. Todo salió

a pedir de boca. Se ofreció para viajar hasta Texas. Por supuesto, tuvo que firmar un acuerdo de discreción hasta que la historia saliera a la luz. Y me costó trabajo convencer a Gilley de que le permitiera ver el fósil a Waterman. Solo los jefes de la NBC, Waterman, Gilley y yo... y ahora tú, lo sabemos. Y sin duda me despedirían si supieran que estoy manteniendo esta conversación con la competencia.

—Waterman —repitió Ted—. ¿Tiene nombre?

—Henry... no, Harry —respondió Cotten—. Harry Waterman. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Quizá mire a ver qué puedo averiguar sobre él.

—Escribió una carta a la cadena, declarando que en su opinión era auténtico. De no haberlo hecho, no creo que hubieran soltado la pasta.

—Así que esta noche saldrás en vivo en las noticias, ¿no es eso?

Los músculos del rostro de Cotten se tensaron de pura excitación. Volvía a la cima. Aquella noche su rostro se vería en todas las casas de todo el mundo. Eso le encantaba.

—Sí, hoy es el gran día.

—Supongo que será mejor que ponga a mi gente a trabajar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cotten, consciente de su expectación.

—Piensa en el tremendo seguimiento que tendrá la noticia. ¿Cómo van a responder la comunidad científica y los fundamentalistas religiosos al ver una prueba palpable de que la Biblia literalmente tiene razón? Más de uno se jactará de comerse el mundo... o quizá un chuletón de brontosaurio.

—Que esté bien hecho —dijo Cotten.

Hubo al menos tres segundos de silencio antes de que Ted respondiera:

—Ten cuidado, niña.

—Habla pronto —contestó ella, colgando.

Cotten observó las hinchadas nubes de un gris galvanizado que colgaban muy bajo del cielo. Quizá pudiera ser testigo de la transformación del río Paluxy.

Más adelante vio una señal desdibujada: «Almacén General y Fósiles Gilley, kilómetro y medio». Eso era: el momento que había estado esperando, la historia que la llevaría a la cima una vez más. La conspiración del grial había sido algo importante, pero esto... una

prueba irrefutable de que el hombre había vivido en la época de los dinosaurios. Sus quince minutos de gloria se hacían de rogar.

Durante su última visita a Glen Rose, Gilley la había llevado un par de kilómetros más adelante por esa misma carretera para visitar el Museo de la Evidencia de la Creación. Cotten lo había encontrado fascinante, sobre todo la colección de huellas humanas y de dinosaurio. Había hablado allí con personas muy apasionadas en sus creencias. Pero en cuanto vieran lo que ella estaba a punto emitir...

Sintió de nuevo aquella vieja y familiar ola de excitación mientras aparcaba en el aparcamiento del rústico entretenimiento turístico. Durante los últimos dos años había conseguido grandes titulares: dos veces al encontrar el sagrado grial; otra al convencer al Vaticano de que debía abrir sus cajas fuertes y permitir a los judíos reclamar su sagrada menorá del Segundo Templo, trasladada a Roma por Tito en el año 70; otra más cuando cubrió la increíble noticia del descubrimiento de antiguos pergaminos en unas cuevas cerca del mar Muerto; y la última cuando anunció el hallazgo de las treinta piezas de plata que Judas Iscariote cobró por traicionar a Cristo. Pero aquel sería su logro culminante. Cuando se trataba de sensacionalismo religioso, Cotten Stone era el no va más. Y en ese momento tenía la oportunidad de desenmascarar sin ayuda alguna la teoría científica básica de la evolución, en aquella tórrida tarde, allí mismo, a lo largo de una polvorienta autopista de Texas. Volaba alto, sentía la adrenalina enardecer su rostro y avivar su espíritu.

Cotten aparcó junto a la camioneta de la NBC, 5 Dallas-Fort Worth equipada con vídeo por control remoto, situada justo frente al coche de Gilley. La camioneta estaba lista para lanzar la historia que cambiaría el mundo en dirección al satélite en órbita alrededor de la Tierra, que la devolvería a la expectante audiencia. Estaba a punto de mostrar al mundo el hueso de un dinosaurio con una punta de lanza clavada, prueba de que había sido contemporáneo de los humanos.

Al salir del coche, Cotten alzó la vista al cielo nublado de Texas. El mundo podía prepararse, se dijo. Cotten Stone estaba a punto de hacer tambalearse a la tierra una vez más, aquella noche, a la hora de las noticias.

Solo una semana después de la noche en que se suponía celebraría su momento de gloria, Cotten Stone estaba otra vez delante de las cámaras. Pero en esa ocasión sus mejillas no ardían de excitación, ni su voz sonaba triunfal. En lugar de ello llevaba los ojos muy pintados, tratando de enmascarar los párpados hinchados. Todo su cuerpo parecía colgar con pesantez, y cuando hablaba, su voz delataba vergüenza.

—Me gustaría disculparme ante quienquiera que se haya sentido traicionado u ofendido —dijo Cotten, evitando mirar directamente a la cámara. Cotten bajó la vista hacia sus notas. Sentía que todo el personal del estudio la observaba, y su desprecio era palpable—. No era mi intención mentir o conspirar para mentir a los telespectadores de la National Broadcasting Company o a sus afiliados. Mi intención no era engañar. He sido acusada de ignorar la prueba que demostraba que lo que ahora se llama la creación de un fósil no era más que una broma de mal gusto bien elaborada. Quiero negar firmemente y en público que tuviera algún conocimiento de que el fósil fuera un fiasco, y afirmar que jamás pretendí engañar a nadie. Si mi actuación le ha resultado molesta a algún grupo de personas, lo lamento profundamente. Espero que puedan ustedes perdonarme.

Cotten dejó caer las notas al suelo. Se apartó de la brillante luz de los focos y del objetivo de las cámaras. Nadie la siguió. Nadie le deseó que todo se arreglara. Cotten creyó que jamás llegaría a la puerta ni escaparía de aquel horrible silencio.

Fuera, en la calle abarrotada, los fotógrafos de prensa le sacaron fotos y le hicieron preguntas a gritos.

—Señorita Stone, ¿es cierto que la han obligado a dimitir?

—¿Va a seguir intentando demostrar que la Biblia está en lo cierto con respecto a la creación?

—¿Qué va a hacer ahora que se ha quedado sin trabajo?

Cotten vio a Ted Casselman de pie, junto a un taxi amarillo. Al acercarse, él le abrió la puerta.

—Pensé que no tendrías ganas de llamar a un taxi —dijo él.

—Gracias por venir —contestó Cotten, besándolo en la mejilla—. Siempre has sido un gran apoyo para mí.

—Ya te lo dije, eres como mi propia hija.

Cotten subió al asiento de atrás y Ted se inclinó sobre el taxi.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?, ¿de verdad quieres abandonar Nueva York?

Cotten asintió y contestó:

—Para mí, ahora mismo, el sur de Florida suena a paraíso.

—Pero recuerda que tienes amigos aquí.

Cotten sonrió débilmente.

—Está bien, niña. Has bajado al infierno y has vuelto. Puedes volver a hacerlo, sé que puedes —afirmó Ted, besándola en la frente y cerrando la puerta.

El taxi arrancó, y Cotten sintió que su alma se hundía en el abismo.